

Semana Santa en la Patagonia

José Francisco Muñoz Serón

Domingo de Ramos

Una semana más tarde estaría tirado en una cama de hospital, escuchando el golpeteo insistente de la lluvia sobre las calaminas, miraría con ojos secos el televisor encendido y se volvería hacia la pared, intentando desconectarse de la vida. No querría volver a ver a sus colegas de escuela, ni a los de las otras escuelas, no querría tampoco saber de alternativas mentirosas, ni de consejos bienintencionados. Odiaría la voz comprensiva de su madre y le dolerían los rezos solidarios de sus amigos distantes.

Solo seis días antes había entrado al pueblo en medio de una ceremonia de bienvenida, con discursos, cóctel y embanderamiento comunal. El alcalde, el cura párroco y los jefes de servicio solemnemente formados en la glorieta de la plaza, sonreían por el logro conseguido: habían traído de vuelta a su tierra natal al más destacado de sus hijos. La banda estudiantil tocó con marcialidad y los agudos quejidos de los pitos rebotaron en los desfiladeros que circundan nuestro pueblo. Todos estábamos ahí: los profesores, los padres, madres, apoderados y niños; también se acercaron a ver la ceremonia los transeúntes y los trabajadores municipales; Andrés, el locutor de la radio, y la Nico, de la televisión local. Sin duda alguna, era el acontecimiento más trascendente de los últimos veinte años: Salvador Luna volvía a la Patagonia después de doce exitosos años trabajando como primerísima estrella de televisión.

Lunes, primer día de exaltación

Llegó temprano al colegio, toda la comunidad lo esperaba. El director lo recibió en la puerta y lo condujo entre aplausos hasta la tarima preparada para él; estábamos todos expectantes, esperando que nos dirigiera sus primeras palabras. Llegaba manso... toda la pompa desplegada lo incomodaba; sin embargo, era parte del ceremonial y lo asumió con la resignación que los días de luces le habían enseñado. Sus palabras fueron sencillas, como sencillo era el atuendo que llevaba; recordó en su coloquio, los rincones de nuestra escuela y nombró con gran sensibilidad a cada uno de los maestros que ya no estaban; pidió tan solo que lo dejáramos trabajar con los niños:

El teatro, dijo, es la comunión de la realidad con la fantasía. Cuando queremos ocultar algo o impresionar a alguien, actuamos... desde esa perspectiva todos somos actores. A todos nos gusta maquillar la cotidianeidad, ponerle color... Fui invitado a trabajar en esta escuela con los niños, a enseñarles teatro y... en realidad, lo que yo quiero es jugar con ellos, me gustaría aprender de su naturalidad y frescura...

Aplausos cerrados, todos peleaban por obtener un gesto de Salvador, aunque fuera una mirada, ojalá cruzarse con él en un pasillo y santiguarse un buenos días. Nadie se restó a la tentación de ensalzarlo.

Martes, segundo día de exaltación

Tarde amaneció el día para Salvador. Miró por la pequeña ventana del baño y vio gajos de nieve colgando de los manzanos entumecidos. Es así mi pueblo, no cambia este olor a frescura, ni la claridad de la mañana... pensó.

Ya en el colegio se dispuso a trabajar con el selecto grupo de alumnos-actores, pero antes hubo de tragarse todas las excusas del profesor asesor: *que era él un amante del teatro, pero que nada se podía hacer con estos niños tan cordilleranos, que no había recursos, ni escenario, ni vestuario básico... tampoco tenía el apoyo de las autoridades..., que nada..., que no..., que nunca...* Salvador estaba saturado, sin embargo, su misión estaba más allá de él mismo. Por eso escuchó con estoicismo y postergó sus ganas de abofetear a su paisano. Unos minutos más tarde se reunió en un amable círculo en el suelo con los niños y niñas que soñaban con ser actores como él; habló con claridad deslumbrante y ponía ejemplos de tanta familiaridad para sus pupilos, que todos creyeron en él y se sintieron capaces de montar cualquier obra... de representar cualquier papel. Muchos de los adultos que llegaron a *copuchar* su trabajo, también quedaron sorprendidos con su discurso y les provocó una suerte de admiración, donde se larvó una pisca secreta de envidia.

Miércoles, último día de exaltación

Tarde o temprano nos cruzaríamos en un pasillo, yo lo sabía bien. Una suerte de pudor me desbordaba, presintiendo el inevitable encuentro... era imposible no encontrarnos en un pueblo tan pequeño, en unos pasillos tan estrechos. Me venía un arrepentimiento feroz cuando recordaba sus entrañables brazos y la suavidad de sus mejillas. Éramos tan coltros entonces, y el río cómplice, nos escondía comprensivo. Pero en ese entonces, yo no tuve el valor de partir de este pueblo agrio y me quedé; y me casé; y *putié*; y

me senté en la primera fila de la iglesia con mi esposa y mis hijos... y fui uno más en el raleado tumulto patagón. Pero sabía bien que tú te acordabas de nuestros paseos por la vera del río. Una vergüenza dolorosa me acompañó por esos días, y tal cual él lo había profetizado, fui un actor fingiéndome más macho y putero que de costumbre.

Jueves, la pasión

Cuando la ambulancia llegó ululando enloquecida a la puerta del colegio, todos estábamos atónitos. Una suerte de escalofrío me recorrió, intuyendo que serías tú, mi Salvador, el que saldrías en andas... pero la cobardía me envolvió de nuevo, como tantas veces, y apresuré el paso esquivando la noticia.

Cuando, en tu inconsciencia, pidieron la ficha clínica que te acechaba desde la capital, el eco de *Sida* se escuchó en cada rincón de nuestros amados cerros, el eco de *Sida* rondó el río y atravesó las pobres paredes de mi casa.

Como retrocediendo, todos quienes antes mendigaban tu cercanía se fueron alejando, escapando como ratas por cada rendija de nuestro viejo hospital... En silencio, se volvieron las vecinas, el estallido había sido tan potente que todos pilluntearon en voz bajita el acontecimiento.

Esa misma tarde, en el colegio, se citó a una asamblea a toda la comunidad educativa, siendo presidida por los más connotados miembros de nuestra pobre sociedad. Los concejales vociferaban sus juicios y todos hablaban del presentimiento que habían sentido desde el primer día... El representante de los padres agregó la incompetencia de los personeros del colegio por no recabar antecedentes de quien iba a trabajar con sus hijos... Alguien ahondó sobre el riesgo inminente que implica el compartir espacios vitales, como el baño y los libros. Uno hubo (...y no fui yo) que apeló a la humanidad. Finalmente, el director que presidía tan trascendente reunión, rasgó vestiduras sacándose con furia su cuidado vestón y sentenció: *¡Esto es una escuela! somos ejemplo para nuestros alumnos, somos un jes-pe-jo! ¡No podemos tolerar esta degeneración, esta inmoralidad, esta impudicia! Si este señor está muriendo en el hospital... es por castigo divino. La escuela no respalda ni apoya a los libertinos; allá él y su dolor... Nadie que se precie de honesto debe ir a visitarlo. Queda estrictamente prohibida alguna manifestación de apoyo utilizando el sagrado nombre de nuestro colegio.*

Viernes, la muerte...

Me infundí valor apelando a un gesto humanitario, disfracé mi cobardía de piedad. Llegué al hospital con aires de compungido, encogiendo los hombros cada vez que encontraba a alguien. Me volví dos o tres veces antes de cruzar su aislada y aséptica puerta...

Finalmente estaba ahí, junto a él; cogí su mano y solté el llanto rogando que me escuchara... le hablé de mi amor, le pedí perdón ahogada casi la voz. Recuerdo que me miró con ojos profundos y calmos... *Sabes, me susurró, nunca olvidé el río y sus bosques que lo acompañan cuesta abajo. Éramos tan coltros y desenfadados entonces...*

Perdóname, repetí con urgencia.

Pero tan manso como había llegado apenas seis días antes, se fue desvaneciendo, en un suspiro profundo. ¡Perdóname! Repetí en una súplica babosa.

Un dolor intenso traspasó mis huesos y sostuve su cuerpo aterido en mi regazo. Llovió intensamente en la Trapananda esa tarde, llevándose la nieve y nuestra humanidad en arroyos sucios que cruzaron las calles del pueblo. Como si los cielos se hubieran rasgado, las nubes dejaron ver por unos momentos la blancura enaltecida de los cerros... dos o tres familiares ayudaron a la madre de Salvador a ungir su cuerpo raquíptico y acomodarlo con cierto asco en el cajón de lenga cordillerana.

Sábado sin gloria

Cuando salía del velatorio de Salvador, y me disponía a subir a mi auto, escuché el grito de un colega que desde el otro lado de la calle me decía: *¡Hoy es la final del campeonato! ¿Vai' a ir...? -No, no creo, hoy es el funeral del Salvador... -¡Shhhit!, ¡hasta pa' morir se era maraco, justo hoy que es la final...! -Bueno, quizá voy si esto termina temprano... -¡Qué te preocupai', gueón!, después de todo, ¡un maricón menos en la Tierra... ¿o no?! -Sí...sí...,* respondí agachando mi voz. *Sí,* dije vistiéndome de machito mi voz. *Sí,* insistí con mi cobardía acostumbrada. *Un maricón menos,* repetí, mientras cerraba la puerta del auto y me acomodaba tras el volante. *Un maricón menos,* repetí mientras me alejaba...